

El comedor

La arquitectura, que era un arte, ha pasado a ser una profesión liberal altamente tecnificada. Los planificadores de la habitación, conscientes de la necesidad de dar techo a un número cada vez mayor de personas, han buscado distintas fórmulas para dar cima al sueño de la "casa propia". Entre nosotros, la Ley Pereira primero, el DFL 2 después, propiciaron la construcción de casas de valor razonable. En este loable afán social, han habido algunos costos, no económicos, que ha debido pagar la familia chilena. Uno de ellos es la ausencia de la pieza destinada al comedor.

Cuando hice esta queja a un arquitecto amigo, éste me explicó con mucha precisión que el tal comedor estaba obsoleto. Según su razonamiento, el número de componentes de la familia chilena había disminuido; la aceleración de la vida moderna limitaba el número de las comidas caseras y el tiempo que a ellas se dedicaba; la vida familiar se había reducido ante las posibilidades de entretención que la ciudad ofrecía.

¿Para qué quieres una pieza inútil como un comedor?, terminó diciéndome mi amigo arquitecto.

Es cierto todo lo que él me dijo, pero yo, que soy desconfiado por naturaleza, me pregunto qué fue primero: ¿el huevo o la gallina? Si esta falta de vida familiar, si esta depreciación de las horas de comida, si esta falta de entretención en común no nació después de los living-comedor y, justamente, a causa de ellos.

Será difícil salir de mi duda. Lo que me resulta evidente es que mucho de los llamados problemas generacionales que hoy existen se habrían evitado si se conservara ese ritual solemne que era la cena familiar; donde los mayores conversaban y los niños escuchaban, donde se entretendían proyectos comunes y se hacían recuerdos que pertenecían a todos, donde una tradición se iba cimentando y el orgullo familiar se fortalecía.

En el comedor, la jerarquía familiar estaba claramente trazada. El padre trinchando la carne, la madre repartiendo los platos, el servicio a cada uno por orden de edad. Pasar a la mesa oportunamente era signo de respeto y el peor castigo ser marginado de ella.

El comedor era el escenario para que los personajes del drama y la comedia de la familia fortalecieran sus relaciones. Ahora, desprovisto de ese escenario natural y su utilería de solemne mesa, apa-

radore, trinchas y vitrinas, convertidas en piezas de remate, los personajes del reparto familiar no tienen el lugar apropiado para aprender a quererse y reconocerse.

Thornton Wilder, el fino dramaturgo norteamericano ya desaparecido, tiene una obra conmovedora que se llama "La larga cena de Navidad" y que es la historia de una familia reunida en torno a la mesa patriarcal el día de Navidad a través de los años. No encontró Wilder un mejor lugar de acción para reunir a una familia que el comedor de la casa. Si la obra quisiera representarse hoy, ¿dónde la ubicaría un joven director teatral? ¿En el living-comedor? ¿Con la radio FM vomitando su música o la televisión prendida en el noticiario de turno?

¿Qué significado tendrá para un hijo del DFL 2 esa tierna canción de Nicanor Molinare que recuerda "el mantelito blanco de la humilde mesa donde compartíamos el pan familiar"?

Mi amigo arquitecto me asegura que la eliminación del comedor se produjo cuando él ya había dejado de tener su razón de ser, que el living-comedor es un producto de la nueva organización familiar y de la forma como ahora se relaciona la familia y no a la inversa.

Puede que tenga la razón.

Pero me gustaría que un grupo de sociólogos que son tan aficionados a hacer descabelladas encuestas y a obtener de ellas originales comentarios, intentaran encontrar una relación entre la existencia del comedor y la unión familiar. Se podría encuestar, por ejemplo, a 100 familias que vivieron en casas con comedor y otras cien que habitaron casas con living-comedor y seguir la pista de la relación familiar de ellas.

Pero mi amigo arquitecto, al que lo he hecho partícipe de mi absurda inquietud sociológica, me ha dicho que tal estudio carecería de interés. La nueva arquitectura ya está eliminando el living-comedor. Ahora, los que quieran comer en casa lo deberán hacer en mesas plegables en la cocina.

Es una medida revolucionaria —me asegura mi amigo arquitecto—, nos podremos ahorrar como 20 metros cuadrados...

Bueno, después de todo, no se puede estar contra el progreso y la economía... aunque ello signifique otros costos.